

Doña Pastora

Adriana Otálora

Era doña Pastora una señorona santandereana, verraca y altiva, trabajadora, luchadora en el día a día, campesina por definición.

Doña Pastora era también una mujer dulce y amorosa, entregada a su familia, a sus hijos, a sus nietos. Venía de una tierra agreste en donde el calor del medio día se funde con el terreno montañoso y árido, en donde las montañas dan resguardo y alimento para quienes con sus manos callosas se acercan con respeto y humildad a cultivar la tierra.

Pastora tuvo un gran amor: Donato, hombre alto, espigado y buen mozo, grande y fuerte, recio y tozudo. Era una de esas personas que tienen una fuerza interior que arrasa con las dificultades de la vida, con las injusticias y hasta los más poderosos. Esa fuerza interior que en las películas solo tienen los héroes y que en la vida real tienen las personas comunes que aman la vida a rabiar.

Esta pareja se las arregló para con pocos recursos, poca educación y pocos contactos, establecer un hogar ferviente y amoroso,

un hogar que en el campo no tenía parroquia propia, por eso sus hijos fueron bautizados la mitad en Zapatoca y la otra mitad en San Vicente de Chucurí. En algún lugar en medio de estos municipios estaba su casa y su finca, la misma casa en la que nacieron los hijos, al tiempo que nacieron las risas y las esperanzas.

¡Ah vida maravillosa la que llevaban! no tenían mucho, pero tenían ganas. Todos cultivaban la tierra, las mujeres tejían sombreros de paja y los hombres se encargaban de las bestias y del comercio. A los Buitrago los conocían por su rectitud y alma generosa, por su iniciativa y su palabra firme. Tenían tanto por delante... pero vino la hambruna y la enfermedad: los dos hombres Buitrago partieron a mejor vida a causa de una anemia... ¡maldita hambre que se ensaña con los más pobres!

Y entonces Pastora sola quedó con sus hijas mujeres, solas en un mundo que no admite a mujeres sin hombres. Un mundo en el que el comercio entre hombres permite el precio justo, pero a las mujeres solo les deja migajas. Un mundo en el que la fuerza se reserva a los varones, como si la fuerza proviniera de los músculos y no del alma.

Doña Pastora tenía tres hijas: Ana Rosa, Elvira y Matilde, juntas se resguardaron en el calor de su hogar para luchar contra la vida misma.

Ana Rosa, la mayor, era una mujer recia, desconfiada y amorosa a la vez, la mayor, la responsable, la más fuerte. Difícil carga la de la hermana mayor, es una mezcla entre la inocencia de la niña y la responsabilidad de ya pronto ser una mujer. Elvira era la más risueña, una mujer bella de sonrisa amplia, con tanta energía que hasta al sol le daba envidia su fuerza vital. Matilde, era más bien tímida, le encantaba aprender cosas y soñar despierta, sobre todo, si se trataba de tener diálogos silenciosos con la imponente naturaleza.

Las cuatro iban por la vida tejiendo sueños a la par que sus sombreros, cultivando la tierra a la par que su futuro.

Elvira, la más dulce, conoció a un ingeniero, de esos que construyen caminos, los mismos caminos que iban a acercar los sueños de las cuatro mujeres hasta el pueblo, el pueblo en donde están las oportunidades, el bienestar y el futuro. ¡Cuántos sueños emergieron cuando supieron que se construiría una carretera! Fue la primera

vez, desde que Donato y el niño partieron, que en verdad creyeron que todo estaría mejor.

Elvira, se enamoró perdidamente del ingeniero... un hombre guapo, elegante, ilustrado, ¡había estudiado en Bogotá!... le prometió que la haría su mujer, que las llevaría a ella, sus hermanas y a Doña Pastora a Zapatoca, que Matilde estudiaría, que Ana Rosa encontraría un buen marido, que Pastora estaría siempre con ellos.

El amor... ¡esa fuerza que quiebra la razón e inunda de magia el alma!, el amor, ¡esa pasión con que se engendra la vida!

Y Elvira sintió en su vientre una nueva vida, una nueva ilusión, una nueva razón para despertar cada mañana a desplegar su imponente sonrisa.

Pero Rafael, el ingeniero, tenía un nombre que cuidar, un status que respetar, no podía casarse con una humilde campesina, acaso, ¿qué dirían en el pueblo?

Y por supuesto, en el pueblo a Rafael nada le dijeron, pero a Doña Pastora y a sus hijas sí: les dijeron ¡váyanse! ¡Acá no hay cabida para mujeres pecadoras! como si el amor no fuera un sacramento sagrado y la vida por nacer, pura por naturaleza.

Pero la realidad es otra y tuvieron que irse, dejar su humilde y amada tierra a quien a bien pudiera ocuparla, tomar sus ropas y sus sueños hasta el Socorro, en donde el único socorro fue el matrimonio para las tres jóvenes y el ostracismo para doña Pastora y su nieto.

Y el inocente bebé creció lleno del amor de su abuela, con el corazón dividido por ver muy poco a su madre y saber que su padre tan simplemente no lo quiso.

Era doña Pastora una señorona santandereana, verraca y altiva, fuerte y orgullosa, justa y amorosa.

